

Gaetano Passarelli

**Conversando**  
**con el padre Aníbal**

Título original: *Conversando con Padre Annibale*, Roma  
2014.

Traducción: P. Matteo Sanavio RCJ

Editor General: P. José María Ezpeleta RCJ

Se autoriza para imprimir:

P. Bruno Rampazzo RCJ,

Superior General de los Rogacionistas del Corazón de Jesús

© Rogacionistas del Corazón de Jesús.

Comisión para las traducciones. Roma febrero de 2021.



**San Anibal María Di Francia**  
5 de julio de 1951 – 1 de junio de 1927



## Presentación

*¡San Aníbal existe de verdad!*

*¡Nosotros lo encontramos!*

El 16 de mayo de 2014 recurre el 10º aniversario de la canonización de San Aníbal María Di Francia. Una fecha para recordar por todos nosotros, los que admiramos e intentamos imitar la santidad de este hombre y sacerdote que, por Dios, Señor de la mies, y el Prójimo, especialmente para los pequeños y los pobres, hizo lo imposible movilizándolo – como él mismo afirma – a los hombres y a Dios; sostenido sólo por la fe en la Providencia, que nunca lo abandonó.

Lleno de celo y compasión, gastó su vida para que el “Rogate” fuera oración universal, implorando por el Señor santos trabajadores para la renovación de la Iglesia y de la sociedad.

La biografía de Gaetano Passarelli nos ayuda, en modo muy agradable, a entrar en el mundo humano y espiritual de San Aníbal, y, seguidamente, en sus innumerables actividades. La construcción literaria y el lenguaje son originales. Se trata del diálogo entre un “Anciano” San Aníbal, llegado al fin de su vida, y sus religiosos y religiosas que lo asisten y visitan. A ellos entrega “voces y recuerdos”. ¡Bonito y fascinante este tipo de acercamiento! Permite de establecer una relación entre la madurez humana y la sabiduría evangélica de San Aníbal unidas a la curiosidad y a la pasión de sus primeros compañeros y colaboradores.

La actitud de sus interlocutores es, sin duda, de veneración y respeto, pero también de gran libertad y gratitud hacia el “Anciano” que recuerda y cuenta. En el texto hallamos unos acontecimientos importantes de la “Obra de la Rogación Evangélica”. Se trata de una revisión fiel y sintética de nuestra historia y de un testamento para conservar con amor, para transmitirlo como signo de la bondad y predilección de Dios que nos ama tanto y que nos confió, a través de Jesús, el “Evangelio del Rogate”.

Tras diez años de la canonización somos invitados a pararnos y “con los ojos llenos de lágrimas, mirar al Anciano”, para reavivar la conciencia que el centro siempre es Jesús: “si tenemos a Jesús con nosotros, esto nos basta. Todo lo demás irá bien”, porque “nuestra tarea es ser pobres con los pobres. Ser locos por amor de Dios”. También nosotros, haciendo memoria grata y agradecida de San Aníbal y de su santidad, somos invitados a responder a la pregunta de siempre: “¿Queréis quedaros?”. No se trata sólo de recordar, sino, sobre todo, de vivir, con pasión y misericordia, el tiempo presente mirando con esperanza hacia el futuro. Una prueba es que, a pesar de las inevitables dificultades, las Congregaciones de las Hijas del Divino Celo y de los Rogacionistas, crecen no sólo en número y actividades apostólicas, sino también en santidad; así como la “Familia del Rogate” se difunde en las diferentes culturas.

Agradezco al Prof. Gaetano Passarelli que, junto con la Postulación General, una vez más nos ayuda a entrar en la dimensión más profunda y sorprendente del padre Aníbal para descubrir aspectos nuevos y emocionantes de la vida y de la misión de este Santo, modelo para nuestros tiempos. Una buena lectura a todos.

P. Ángel Ademir Mezzari, RCJ  
*Superior General*

## I

### ¿Hombre o mito?

En el verano de 1926 aconteció algo insólito para una publicación de carácter religioso: en la página inicial de la revista “Dios y el Próximo”, por primera vez, apareció una fotografía de su director, el canónigo Aníbal María Di Francia.

Ya habían pasado casi veinte años; muchos devotos recibían la publicación, enviaban donativos para los huerfanitos de sus Orfanatos Antonianos, pero nunca habían visto su cara.

En todos aquellos años, cada dos meses, su pluma había mirado siempre al corazón, haciendo vibrar las cuerdas más sensibles, y la gente no podía sospechar que aquel hombre, por cierto reparo, se expresaba hasta en tercera persona para no aparentar. Signo de gran humildad, que en este mundo no paga, más bien...

Algún mal intencionado, en efecto, había empezado a sembrar la duda que este canónigo mesinés no existiera; que fuera sólo un nombre, una identidad inexistente; una leyenda para sacar dinero.

Los devotos se habían puesto en alarmas al punto que unos cuantos habían escrito a la dirección de la revista.

He aquí, pues, la publicación de la fotografía.

“Llegué a tanto”, había explicado con una punta de vergüenza el interesado, “por las insistencias que por carta hacían los devotos de san Antonio de Padua, llegando hasta a dudar si yo existiera de veras o bien fuera un mito”.

Aquel rostro benévolo, aunque decidido y marcado por el sufrimiento, disfrazado con una ligera sonrisa, alejó de esta manera también aquellas bajas combinaciones concebidas por los burlones sobre su nombre: como el título que lo acompañaba era “canónigo”, casi siembre abreviado en “can”, esto, unido al nombre Aníbal, se transformaba en “Caníbal” Di Francia.

Venciendo aquel gran reparo, pues, había puesto fin a una sospecha desagradable y a algo que, en el tiempo, habría podido ser un chisme muy feo.

## II

### El marqués y el hombre de pueblo

Cuando era joven, todos en Mesina sabían cuáles eran sus orígenes, y en la medida en que los años pasaban, se transmitían voces y recuerdos, muchas veces incompletos y hasta distorsionados. Y esto acontecía hasta entre sus hijos espirituales.

En los últimos años, como el padre Aníbal se encontraba mal, era asistido por turno por unos miembros de la Congregación de los Rogacionistas que había fundado. Un día ocurrió que para hacerle compañía estuviera el hermano Miguelito, y el Anciano no hacía que agradecerlo por cada cosa. Para poner fin a aquel rosario de “gracias”, el joven se salió así: “un noble marqués no tiene que agradecer continuamente un hombre de pueblo...”.

El padre Aníbal se había hecho serio en la cara y lo había reprochado: “¡No repitas más esas tonterías!”, pero, dándose cuenta que el tono de reproche era demasiado duro: “¿Por qué me llamaste marqués?”, le pidió.

“Siempre me dijeron que usted, padre, es noble”, contestó tímidamente.

“¿Quién te contó estas tonterías?”, le replicó y, como acostumbraba hacer en estos momentos: “Hace falta que te aclare las ideas”, concluyó.

El Hermano Miguelito aprovechó en seguida: “¿Por qué no me las aclara ya, padre? Tenemos tiempo, ¿no? Cuando se canse, se puede parar. Hable también en voz baja, que yo oigo bien”.

El Padre Aníbal entendió que había metido la pata: “¡Eres un bribón!”, le dijo con media sonrisa.



Un golpe de tos le impuso dos o tres respiros profundos que acusaban el afán, pero luego empezó a contar lentamente: “Que sepas que no soy noble, pero en mis venas corre la sangre azul de los reyes”. Y se paró para ver el efecto que la afirmación produciría en la cara del joven religioso.

“¿De los reyes?”, desgranó los ojos aquél, “Venga, padre, cuénteme, soy todo oídos”, y, tomada una silla, de prisa se sentó al lado de la cama con el aire de un chiquillo curioso, sediento de cuentos.

“Mira lo que me toca hacer...”, se quejó el padre, pero divertido por aquel entusiasmo. “Bueno, ¿estás cómodo?”, le pidió con una punta de ironía.

“Sí, sí, padre, puede empezar, ¡cuéntemelo todo, todo, por favor!”.

“Está bien, todo, todo”, le repitió divertido el Anciano, y así empezó con un tono de leyenda: “Había una vez... que parece que mi familia – en el ramo paterno, el de los Di Francia, para entendernos – sea de orígenes caballerescos. Se hace el nombre hasta del progenitor, cierto Juanito de Francia, nieto de Felipe Leo, de Estirpe real. He aquí porque estas venas que afloran están negras”, y, levantando la mano flaca, se había puesto a mirarla, observando, sin embargo, por debajo, al joven. Éste no se había percatado de la ironía y, como el Anciano seguía mirándose el dorso de la mano, había pedido preocupado: “¿Por qué están negras, padre?”.

“Porque hay sangre azul... ¡pero muy azul, azul oscuro!” , había contestado bromeando delante a tanta ingenuidad.

El hermano Miguelito, finalmente, se había dado cuenta del humor y, como un muchacho picado: “Usted no es de palabra, padre... me lo prometió... pero, ¡cuéntemelo seriamente!”.

“¡Prometido! Bueno, escucha: se cuenta que aquel Juanito vino a Italia siguiendo a Carlos de Anjou hacia mediados de 1200. ¡Piensa lo viejo que soy! ¡He aquí porque la sangre se convirtió tan oscura!”; pero, como la ironía ya no pegaba siguió con tono serio: “Juanito se estableció en las Apulias y sus descendientes recubrieron encargos importantes: el que fue comandante de las

guardias reales en tiempos de la reina Juana, el que, en cambio fue feudatario en tierra de Otranto... y en finales de 1400 Nardelo de Francia fue llamado en los documentos ‘fidel hombre de armas del Rey’. Alguien de la familia, luego, se mudó a Calabria y se estableció en Monteleón Cálabro, la que Calibro hoy se llama Vibo Valentia. De aquí salió, hacia finales de 1700, mi bisabuelo Diego, y se paró en Mesina. Tenía el título de marqués de Santa Catalina en el Jonio”.

“Entonces es verdad que usted es marqués!”, exclamó contento el joven; pero, no queriendo interrumpir más, se apresuró en decir: “Cuénteme... siga, padre, no se pare”.

Y el padre Anfibal contó que Diego había sido senador y que se casó con doña María Úrsula Papparatti Mastrilli, de la que había tenido diez hijos, introducidos, según la tradición de la familia, a la abogacía, al ejército y a la vida claustral.

“El abuelo Juan”, siguió, “se casó con una Gustarelli Rosso, y tuvieron tres hijos: mi padre Francisco, el tío Rafael y la tía María Luisa. Mi padre, siendo el primero, como era costumbre, empezó la carrera militar, heredando también el título de caballero y marqués de Santa Catalina. Si el primer hijo se daba a la Patria, el segundo tenía que ser entregado a la Iglesia. Y así mi tío Rafael fue monje en la abadía cisterciense de Roccamadore. Era un hombre de buena cultura, en efecto me acuerdo de él de pequeño, como profesor de Letras en el Colegio de San Nicolau aquí en Mesina”.

“El Colegio en que usted estudió, padre, ¿verdad?”, intervino el joven para hacer entender que estaba enterado de él.

“Sí, pero no durante mucho tiempo, porque llegó Garibaldi y lo cerró todo: ¿era algo regentado por curas!”

“¿Qué significa, padre?”.

“¡Fueron tiempos difíciles, hijo mío! La masonería imperante odiaba todo lo que olía a religión y a papado”.

“¿Y la tía?”.

“Ya, claro, la tía. Mi tía María Luisa se casó con un hombre importante. Se llamaba José La Farina. Un gran personaje.

¡Piensa que quería hacerme entrar en la milicia! Tenía que entrar en la Academia de la Nunziatella en Nápoles”.

“¿Usted militar? Me lo imagino”, había comentado riendo el hermano Miguelito, “Dando órdenes a la derecha y a la izquierda”, luego, seriamente, añadió: “Por suerte, de lo contrario ¡no hubiera podido ser nuestro fundador!”.

“¡Sí, es verdad, no habría sido un desfundador!” lo corrigió con ironía el Viejo.

“Padre, fundador, no desfundador. ¿Qué dice?”.

“Hijo mío, Jesucristo es el verdadero y único fundador, ¡acuérdatelo siempre!”, y retomando con una voz débil: “¿Yo fundador? Fui sólo un pobre iniciador, ¡nada de fundador!”.

Miró intensamente al joven como si estuviera perdido en sus pensamientos, y siguió: “Créeme, es mejor desfundador, tal como me llamó una hermana: en buena fe, sea claro”. Se paró, pero esta vez para mirar el crucifijo pegado en la pared de frente: “¿Qué dices, Jesús? Sin quererlo, había dado en el blanco, ¿o no?”.

El joven religioso tuvo la impresión que el Anciano empezara a seguir una llamada del corazón hacia el Señor y, sin pensar dos veces, le acordó el compromiso que había tomado: “Padre, por favor, siga contándome. Me lo prometió...”. Luego, como queriéndolo solicitar, añadió: “De todos modos, aunque con sangre azul, me dijeron que fue un huerfanito. Pero, ¿conoció a su padre?”.

“¿Y cómo podía? Murió que yo tenía sólo quince meses, que en paz descansase. Siendo jovencito, investigué para saber algo sobre él. Me dijeron que era un hombre dinámico y emprendedor. Era un buen poeta, estudioso de los clásicos, y había escrito y publicado versos en estilo antiguo. Junto con Mauro Granata y Onofrio Basilio – igual para ti sólo son nombres, pero en su época fueron jóvenes prometedores – se dedicó también en la publicación: la del “Aristocles”, una revista espiritosa”.

“Su padre poeta, usted poeta: es una tradición familiar, pues”.

“Tradición familiar igual es algo exagerado”, se escabulló; luego, casi queriendo reconsiderar el asunto, añadió: “En

realidad también mi mamá tenía algo de gusto poético. Pero yo no, nunca fui poeta”.

“No haga el modesto”, le dijo cortándolo el joven, y mirándolo en los ojos: “Siempre nos enseñó que no teníamos que disimular falsa modestia, sino que teníamos glorificar el Señor por los talentos que nos dio, y Usted ¿qué hace? ¿Me está dando mal ejemplo?”.

“Está bien, entonces digamos que escribí muchos versos, así que me puedo definir versificador, no un poeta. Poeta es algo serio”.

Considerando que no saldría de aquel círculo vicioso, el hermano Miguelito cortó: “Bueno, volvamos a su padre”.

“Cuando nací, el 5 de julio de 1851, mi padre era Vicecónsul Pontificio y, poco después, su santidad Pío IX lo nombró Capitán Honorario de la marina. Falleció, sin embargo, de repente el año siguiente, dejando mi madre con sólo 23 años, tres niños y uno que estaba para llegar”.

“Habrá sido dura para la mamá, ¿verdad?”.

“Sólo puedo imaginarlo, porque estaba en aquella santa inconciencia que es la infancia, pero, a pesar de esto, la pasé mal yo también, porque todo me permaneció aquí”, y se tocó la frente como si quisiera rechazar algo dentro. “Sí”, su cara se veló de tristeza, “siempre me aflora todo de aquel periodo, como si fuera ayer. ¡Me salen escalofríos sólo pensándolo! Pero vayamos por orden, para no perderme. Fallecido mi padre, fui desterrado a una tía que vivía sola. De otro lado mi mamá de allí a pocos meses tuvo a mi hermano, que quiso llamar Francisco como el marido desaparecido”.

“Don Francisco, ¿verdad?”, lo interrumpió el joven que permaneció luego pensativo.

El Anciano lo miró y, como intuyó que estaba meditando algo en su mente, lo hizo volver a pisar el suelo pidiéndole: “¿A qué piensas?”.

Con mucho reparo el hermano Miguelito primero lo escrutó y luego arriesgó: “Padre, ¿le puedo decir algo?”.

El Padre asintió con la cabeza, pero como aquel no se decidía: “¿Y bien?”, preguntó.

“Bueno, quería decir que su hermano no se le parece”.

“Claro, para ser hermanos no hace falta ser dos gotas de agua”.

“No, padre, no quería decir sólo físicamente. Claro que lo sé, mi discurso quería decir algo más”.

“Pero estábamos hablando de la mamá, ¿verdad?”, lo cortó bruscamente el Anciano, “entonces sigamos hablando de la mamá. La pobrecita no entendía nada de propiedades y tuvo que trabajar mucho tratando de salvar las posesiones que teníamos en Mesina y en las aldeas de Contesse, Giampileri Superior y Gesso”.

“¿Era noble también la mamá?”.

“No. Mi abuela Matilda presumía tener antepasados nobles de los marqueses de Montanaro, pero no sé si los tuviera realmente, porque nunca investigué. Se casó con Guillermo Toscano, un comisario de Policía, que por razones de servicio había sido trasladado a Mesina y aquí había tenido sus cuatro hijos: mi madre Ana, el tío José, que luego fue sacerdote diocesano y fundó el periódico ‘La Palabra Católica’, y luego los tíos Rosalía y Antonio”.

En este punto el padre Aníbal se paró y, queriendo terminar la narración, dijo: “Bueno, así satisface tu curiosidad”.

### III

## Una inspiración abrumadora

Otro día tocó al padre Serafín asistir el anciano fundador. Era uno de aquellos días de mayo tibios y llenos de luz; el padre Aníbal pidió que le ayudara a sentarse en la butaca porque se sentía algo mejor. El joven sacerdote le pidió si prefería ir a la terraza de donde vería el valle y el mar confundirse con el cielo.

Un panorama usual que, sin embargo, conseguía cada vez suscitarle una gran emoción y repetía: “¡Cuántas cosas bonitas hizo el Señor! Alabado sea su nombre”.

Después de admirar largamente aquella explosión de colores y seguido con el oído el canto de los pájaros: “Tengo gana de rezar: recemos el santo rosario”, dijo. Y los dos, con calma, empezaron a rezar, alternándose, las Avemarías”.

Acabada la oración el padre Serafín, como de costumbre, esperó el momento adecuado para ponerle alguna pregunta.

“Padre”, dijo, “nos llamó ‘Rogacionistas’ porque quiso destacar nuestro compromiso a corresponder lo más posible a lo que Jesús dijo: ‘La mies es abundante y los trabajadores son pocos. Rogad (= *Rogate*), pues, el Señor de la mies que mande trabajadores a su mies’. ¿Cuándo tuvo esta inspiración? ¿Siendo ya sacerdote?”.

El padre Aníbal lo miró intensamente: “Hazme entender: ¿te interesa cuando tuve la idea de llamar así los miembros de nuestra Congregación, o cuando descubrí este invito de Jesús?”.

“Cuando descubrió en el Evangelio esta indicación del Señor”, contestó prontamente el joven.

“No, querido padre Serafín, no era sacerdote, pero ni clérigo, más bien no sabía ni que tenía la vocación. Creo que para entender este asunto haga falta entrar en el mecanismo de la existencia. En mi vida vi muchas mudanzas: vi nacer Italia a costa de mucha sangre y muchos conflictos. Garibaldi con los mil conquistó Sicilia y el Reino de Nápoles. Seguidamente, el Colegio de San Nicolau en que estudiaba se cerró. Nos mudamos a Nápoles a casa de la abuela. Parecía que el mundo estuviera revolucionándose. Vi a muchos sacerdotes y frailes quitarse la sotana, coger el fusil y participar en los motines. Crecía y en el nuevo Reino de Italia habría tenido que ser un militar, pero esto no me gustaba. Estaba atormentado, como todos los jóvenes, por muchos pensamientos. Cuando iba a la iglesia – prefería la del convento de Porto Salvo que era tranquila – me atraía el silencio, pero luego me cogía el desaliento: veía la estatua de aquel santo y de aquel otro, admiraba los frescos y sentía las

historias de aquellos héroes, y me decía: ‘yo nunca podré ser santo, porque la santidad es demasiado trascendental’. Mientras tanto, las iglesias y los conventos se vaciaban y nuestra fe estaba siendo perseguida. Había una razón, a menudo los intereses y la política habían hecho el clero no ejemplar. Se necesitaba una renovación con santos sacerdotes que reavivasen y propusieran nuevamente la grandeza de nuestra fe, pero tenían que ser santos. Pero, ¿cuál era el medio? Mi buen confesor me había enseñado a rezar: he aquí, entonces, pensaba que sólo con la oración se pudiera alcanzar esta finalidad”.

“Padre, pero ¿hubo un momento particular que marcó su vida?”, insistió el joven sacerdote.

“Sí, un día, hallándome en la Iglesia de S. Juan de Malta para la adoración eucarística, me sorprendieron aquellos pensamientos que parecían recurrentes, y entendí claramente que la oración más necesaria y urgente para los graves problemas que estábamos viviendo fuera la de pedir al Señor nuevos santos para la Iglesia y el mundo. Algún tiempo después, abrí el evangelio y leí: ‘Rogad, pues, el Señor de la mies que mande trabajadores a su mies’. Me asombré, porque ningún predicador que había escuchado, ninguno de los muchos manuales de piedad que había leído, había nunca hecho referencia a lo que Jesús había constatado, indicando claramente su solución. ¿Por qué nadie tomó en consideración aquel pasaje? A partir de aquel momento – y entonces era simplemente un joven interesado a la fe – me sentí empujado a hacer conocer aquella invitación de Jesús. Siendo sacerdote aquella voz interior, aquella que tú llamaste inspiración, siguió tocándome, hasta que me convencí que era la finalidad de mi vida”.

## IV

### ¿Celo u obstinación?

El padre Aníbal totalmente consciente de esta ansia suya de llamar la atención de todo el mundo cristiano sobre este tema, escribió de sí mismo: “Fue tan penetrado por la necesidad de esta oración para la Iglesia, de tener numerosos y dignos trabajadores, y de la eficacia del recurso evangélico para implorarlos, que, para actuarlo, movió, se puede decir, tierra y cielos”. Y, con un toque de humildad mezclada con ironía, añadió sin medios términos: “A ello se dedicó, o por celo o por obstinación, o por el uno y la otra juntos”.

En la previsión de los frutos que llegarían tras observar la Palabra del Señor, había cantado:

*Soñé, soñé, en el éxtasis amoroso,  
Campos fecundos e intrépidos obreros,  
Ceñidos con estola radiosa  
Valientes y fervientes por divino celo  
Recoger en los graneros  
Espigas es su sazón,  
Almas a millares, y enviarlas al Cielo.*

Lo que dijo Jesucristo fue, definitivamente, el programa que inspiró toda su vida y actividad caritativa hacia el prójimo.

Oración y caridad, como queriendo asociar teoría y práctica. Y supo conjugarlas bien en muchos momentos de su existencia.

Pero, ¿cómo hacerlo entender a los demás? Hablando, escribiendo siempre sobre ello. No perdía una ocasión, como aquella vez que se encontraba de visita en el Orfanato femenino de Taormina, regentado por sus hijas espirituales, las Hijas del Divino Celo del Corazón de Jesús.

En el ameno pueblo siciliano no podían faltar los periodistas. Dos de ellos, corresponsales de cabeceras filo católicas, pidieron de poderlo encontrar para una entrevista sobre sus actividades caritativas, ya difundidas en el sur de Italia.

Considerado el día maravilloso, los periodistas expresaron el deseo de hablar con él en el claustro del orfanato.



El primero inmediatamente le puso una pregunta crucial: “¿Cuál es, para usted, la mayor aflicción que afecta hoy la Iglesia?”.

La pregunta le hizo brillar los ojos porque lo invitaba a hablar en seguida de su tema preferido, por eso, sin titubear contestó: “Es la gran escasez a que la tristeza de los tiempos redujo el clero. Jesucristo, andando por las calles de Palestina, había destacado que la muchedumbre era abundante, pero los que tenían que llevar la palabra de Dios eran pocos, y había indicado la solución. Esta constatación y esta solución no se referían sólo a la Palestina de su época, sino que se referían a todos los siglos del futuro y a todas las regiones del mundo. Ahora, si miramos hacia nuestros tiempos, no podemos no constatar cuánta sea la penuria de sacerdotes: ¡cuántos obispos no pueden asegurar en los pueblos de campaña la presencia de un cura! Sin hablar de las grandes ciudades.

Ciertamente, en aquellos mismos lugares en que se llora la falta de sacerdotes, hay también chicos que, si fueran involucrados y formados en la piedad y en el amor de Dios, pronto germinaría en ellos la vocación al estado eclesiástico. Pero esto no acontece, un poco porque falta la figura del sacerdote, un poco porque creciendo se apaga en ellos aquella semilla de piedad, que el Señor infundió y que no fue cultivada; un poco porque el deseo de ser libres, de llevar una vida más cómoda, pero sobre todo el miedo del sacrificio, de hacer una elección vinculante por toda la vida... diversos, en resumen, son los motivos por los cuales los chicos, que podrían ser sacerdotes – y ojalá santos sacerdotes – no hacen aquel paso que implica valor y generosidad.

Las vocaciones, como la gracia, tienen que bajar de lo alto, y si no se reza, si no se corresponde al mandato de Jesucristo: ‘Rogad al Señor de la mies para que mande trabajadores a su mies’, las vocaciones de lo alto no bajan y los efectos de muchas fatigas no se consiguen. Insisto, pues, en decir que el único recurso es la oración, no usarlo quiere decir rechazarlo, quiere decir no tener buenas vocaciones”.

El segundo periodista, en este punto, intervino: “Me parece, Padre que hizo un lúcido análisis del problema. Quisiera que, con otra tanta claridad, me dijera la que me parece una dificultad: si la mies es propiedad de Dios, ¿por qué tenemos que rezar para tener los trabajadores?”.

“Es una pregunta importante porque sale de una correcta consideración, pero es correcta sólo aparentemente”, retomó el padre Aníbal. El lloro insistente de una niña del orfanato capturó, sin embargo, su atención. “Perdónenme, pero hace falta que vaya a ver porque esa hijita llora de esta manera”, y se alejó.

Los periodistas intercambiaron miradas de asombro y, apenas el sacerdote estuvo fuera del alcance para escuchar, uno comentó: “¡Este hombre es muy raro!”.

“Pero, si reflexionas un poco”, contestó el colega, “puede ser que un día el hombre emprenderá a dar su justo valor a la llamada de la criatura más sencilla, o sea, que ella es más importante que un consejo de estado y cualquier disputa, y la humanidad podrá así esperar en un mundo mejor”.

“Bueno, lamentablemente tengo que admitir que no creo en este sueño”, comentó el primero.

“Sólo bastaría que unos cuantos imitaran este cura”, concluyó el otro.

Después de poco tiempo los dos sintieron que había acabado el lloro y vieron aparecer al padre Aníbal cogido de la mano con una niña de tres añitos, que tenía los ojos rojos, y que, de vez en cuando, aún sollozaba.

El sacerdote, dándole toda la atención, la llevaba por el claustro y le decía: “Pobrecilla, ella no quiere tomar leche ahora. Bueno, lo beberá más tarde. Ahora nos damos un paseíto. Pobre hijita mía, me la hicieron llorar... ¡la pequeñita!”.

Poco a poco la niña se calmó completamente y había vuelto a sonreír.

“Ahora vamos a beber la leche, ¿verdad?”, le pidió y, tras su consentimiento, la acompañó nuevamente a la hermana.

“Disculpad”, dijo después, volviendo a los periodistas y retomando el discurso como si nada hubiera acontecido: “Contesto a aquella pregunta que, por lo que entendí, le crea dificultades: ¿por qué rezarle a Él, si el dueño de la mies es justamente Él, que necesita trabajadores?

Empecemos por un punto importante: todo lo que Dios decidió hacer para nuestra salvación, decidió que lo hiciéramos por medio de nuestra oración.

Parece absurdo, es como si el Todopoderoso necesitara la ayuda del débil. Prefiero decir que se trata, en cambio, de un misterio inexplicable basado en la libertad con la que Dios quiso dotar el hombre. Justamente para respetar esta libertad, Dios mismo no puede recoger la mies de las almas, o sea no puede salvarlas, si ellas no rezan, o sea si no expresan claramente la intención de querer ser salvadas. Nos dio – ¡y Él lo respeta siempre! – lo que se llama con una expresión técnica: el libre albedrío. Entended, pues, que el interés es nuestro en solicitarlos y promover esta oración porque de ella depende nuestra salvación. Este deseo que llamo el *Rogate*, encierra en sí más que una exhortación, es un mandato de Jesús dirigido a todos los cristianos”.

El que había puesto la pregunta lo felicitó por haberle aclarado el concepto de libre albedrío, pero, dándose cuenta de que el sacerdote no había terminado, dijo: “Ay, discúlpeme si corté su discurso. Siga, por favor”.

El padre Aníbal, haciendo señas que no consideraba la interrupción grave, siguió: “Os invito a notar conmigo que se hacen oraciones por la lluvia, por las buenas temporadas, por la liberación de las desgracias, y por otras cien motivaciones. ¿Acaso se tendría que dejar de rezar justamente para que el Señor envíe buenos sacerdotes? Repito la idea que había expresado, para mí rezar para tener las vocaciones, constituye el secreto de salvación para la Iglesia y la sociedad”.

“Sabemos”, intervino el primer periodista, “que en unos meses participará al Congreso Eucarístico Internacional de Roma. ¿De qué hablará? ¿Nos lo puede anticipar?”.

“Sí, es verdad, indignamente hablaré en representación del arzobispo de Mesina, Mons. Letterio D’Arrigo. ¿El tema? Eucaristía y Sacerdocio. Como podéis imaginar, pondré en relieve el mandato de Jesús de orar por las vocaciones. Ya sé que es una obstinación la mía, pero ¿qué obra de fe y caridad se puede concebir en la tierra sin el sacerdocio? ¿Acaso no es esta la sal de la tierra y la luz del mundo? ¿Acaso no son los sacerdotes, enviados por Jesucristo al mundo, como Él mismo fue enviado por el Padre? ¿Acaso puede existir Eucaristía sin Sacerdocio?”. Hablaron, luego, de muchas otras cosas, y cuando estaban al punto de despedirse, el padre Anfibal aún quiso añadir otra cosa: “Estaréis de acuerdo conmigo”, dijo, “que la obra de los Seminarios es absolutamente incompleta si a los esfuerzos de los que en ello trabajan, y a las aportaciones económicas incluso las más abundantes, no se acompaña una constante oración en perfecta obediencia a aquel mandato de Jesucristo. Todos los esfuerzos para hacer salir sacerdotes y misionarios, sin oración, se reducen a un cultivo artificial de curas. Sin oración se preparan sólo fracasos, porque las vocaciones verdaderas no son obra humana sino divina, son fruto más de la oración que del trabajo y de los medios materiales”.

## V

### **Una buena idea**

Taormina, ya se sabe, es un centro famoso además por las antigüedades, también por el clima suave y sus vistas encantadoras, y por eso allí iban a pasar el invierno familias imperiales y reales, personas notables y ricas.

Era el 12 de abril de 1905, cuando la emperadora de Alemania, Victoria Augusta, permaneciendo en Taormina con su marido Guillermo II, por la tarde se acercó con sus hijos al orfanato

antoniano femenino. Aquí fue acogida por el padre Aníbal y por sus monjas, las Hijas del Divino Celo.

Él, afortunadamente, sabía hablar francés, y así pudo acompañarla en la visita a los lugares destinados a las huerfanitas y le enseñó sus trabajos de bordado. La soberana, quedando admirada por su finura, los adquirió por la buena cantidad de 500 liras.

De todas maneras, la noble dama quedó impresionada por cómo el sacerdote estaba siempre rodeado por unas niñas, tanto que parecía una clueca. Dos, especialmente, querían siempre estar cogidas de la mano y, en cuanto la soberana las miraba, repetían casi cantando: “¿Sabe señora, que esto es nuestro padre?”. Ella, no conociendo el italiano, no entendía. Había notado, sin embargo, que cada vez que ellas decían esta frase, el padre Aníbal les acariciaba la cabecita, y así pidió explicaciones.

El sacerdote, casi escatimándose, contestó que aquella expresión estaba vinculada con una anécdota ocurrida algún tiempo atrás, pero no quería molestar a su majestad contándosela.

“No se preocupe, cuéntemela”, lo solicitó con gracia la soberana.

El padre le expuso que aquellas dos hermanitas habían sentido particularmente el peso de su desgracia. Dolor que se renovaba sobre todo en ocasión de las fiestas, cuando los familiares llegaban a visitarlas y llevaban algún regalito. A aquellas dos pobrecillas no las llamaban nunca al locutorio, ni recibían regalos, porque no tenían familiares.

Con la ocasión de una fiesta él hallaba en el orfanato y había notado este malestar, y así, a través de la directora había hecho llegar a cada una un paquete, con la invitación: “Vuestro padre os espera en el locutorio”.

Las nos niñas habían volado a la salita y encontraron a él acogéndolas. Como quedaron asombradas al punto que no podían articular palabra, las exhortó: “¿Qué pasa? ¿Acaso no soy yo vuestro padre?”.

“A partir de aquel momento”, concluyó el padre Aníbal, “cuando voy a este orfanato, quieren estar siempre a mi alrededor como dos pollitos”.

La emperadora quedó complacida y, acariciando las niñas, se esforzó de decir en italiano: “¡Sí, este es vuestro padre!”.

## VI

### Recuerdos y realidades

El padre Aníbal no tenía la intención de fundar congregaciones religiosas, pensaba más bien que fueran suficientes las que ya existían, y así, para el cuidado de sus pobres, recogidos esencialmente en el miserable barrio mesinés llamado Aviñón, invitó superiores de Órdenes y hasta fundadores y fundadoras de nuevas Congregaciones religiosas, pero siempre había algo que no funcionaba. Finalmente entendió que tenía que ser él quien debería poner mano a la obra si no quería que todo lo que había hecho y estaba haciendo en favor de aquellos pobres desgraciados se perdiera en cuanto cerraría los ojos. De todas maneras, la Providencia no lo favoreció para nada cuando intentó empezar las actuales dos Congregaciones religiosas, que se reconocían en sus ideales. Cada vez que parecía que habían empezado a caminar, intervenía siempre algo que llevaba nuevamente todo al principio, o casi. A pesar de los diversos intentos, sólo poco antes de la muerte pudo ver los dos primeros sacerdotes formados en la Obra. Uno de estos, el padre Serafín, deseaba comprender las motivaciones que lo habían inducido a la fundación de la Congregación de las Hijas del Divino Celo del Corazón de Jesús.

Naturalmente, tenía que aprovechar los momentos en que la enfermedad obligaba a la inmovilidad aquel ser en perpetuo movimiento. Con la excusa de hacerle compañía o de asistirlo, le ponía “casualmente” alguna pregunta para solicitarlo a contar.

Por eso un día el padre Serafín, sentado al lado de la cama y disimulando gran ingenuidad, le pidió por qué había fundado un instituto femenino.

El Anciano quería cortar en seguida, y contestó sencillamente: “Tenía huerfanitos y huerfanitas”. Pero el interlocutor, como un tábano, no le dio paz y, finalmente, lo obligó a hablar más.

“Desde el comienzo del orfelinato femenino”, empezó el padre Aníbal, “todos mis cuidados se dirigieron hacia el conseguimiento de aquella finalidad que, según mi modesto parecer, es inherente a todo instituto educativo: el buen éxito de las jóvenes. Entendí profundamente mis obligaciones y mi responsabilidad. Agolpar niñas para alimentarlas y dejarlas vegetar no significaba implantar una Casa de educación: y no servía para cambiar la suerte de aquellas pobrecillas. Ahora como entonces estoy convencido de que se necesita que la educación regenere y active la niña a la que se quiere dar un porvenir; hace falta que la instrucción la haga capaz de ganarse un día honradamente el pan de la vida.

Esta tarea gravísima de la educación e instrucción de muchas huerfanitas, me hizo enfrentar otra onerosa necesidad: la de procurarme buenas educadoras”.

Se paró y miró largamente el joven sacerdote, para escrutar si estaba respondiendo a su petición. Viendo que asentía, siguió: “¡Buenas educadoras! Sentía su necesidad urgente desde cuando empecé recogiendo las huerfanitas. ¡Pero claramente no se hallaban en la calle! Soñaba para mi orfelinato una Congregación como las Hijas de la Caridad de la Preciosísima Sangre de aquel santo hombre de don Tomás Fusco o las Hijas de santa Ana. Hasta cogí al vuelo la ocasión de la presencia en Mesina de su fundadora, la Madre Rosa Gattorno, para invitarla a visitar el orfelinato. Mi amigo, el canónigo Ciccolo, por su parte, había intentado interesar las monjas de la Pequeña Casa de Cotolengo de Turín, pero nunca conseguí obtener el compromiso de la dirección de aquel pobre orfelinato mío por ninguna Congregación grande o pequeña que fuera.

No podían aceptar mi invitación, no teniendo yo medios para compensarlas. Mantenía con dificultad el orfelinato tocando cada día las puertas y los corazones de la gente, y confiando sobre todo en la Providencia: ¿cómo podía comprometerme con cantidades con vencimientos fijos cuando no sabía si el día siguiente podía dar el pan a las niñas?”.

“¿Usted recuerda, padre, más o menos el periodo en que acontecían estas cosas?”, lo interrumpió el padre Serafín.

“Sí no me falla la memoria, tenía que ser en los primeros meses de 1887. Sí, entre finales de 1886 y comienzos de 1887. Claro, pensándolo, sólo la ayuda de Dios podía sostenerme para hacer aquel paso. Sí, porque, ya que nadie quería venir, entonces yo concebí un pensamiento igual demasiado valiente, para no decir audaz: el de formar yo mismo una comunidad de monjas educadoras de mis huerfanitas. Me decidí a pedir al arzobispo – a la feliz memoria de aquel gran pastor que era Mons. Guarino – a él pedí la facultad de acoger las primeras hermanas. De aquella respuesta me esperaba conocer la voluntad de Dios. El arzobispo me dijo: ‘Hágalo sin problemas, pero secretamente, sin mucha propaganda’. Era la señal, pues, y aquella palabra fue suficiente para mí”.

Contó luego cómo quería poner aquella naciente Congregación femenina bajo la protección de san José, y por eso decidió hacer la vestición en vísperas del 18 de marzo de 1887. El hábito había sido creado por la señora Laura Jensen Bucca, que instruyó a las chicas en los telares.

“Quise que el color fuera café”, siguió, “en honor de la Virgen del Carmen, y además dibujé el emblema: un corazón pintado en tela, para coser en el hábito, con el lema: ‘*Rogate Dominum messis*’ [Rogad el Señor de la mies]. En una casita del miserable barrio Aviñón había sacado unas celditas donde cabía una cama, una silla y una pequeña mesa en la pared. En resumen, todo estaba listo, y por la mañana de la vigilia de la fiesta de san José llevé las primeras cuatro novicias a Mons. Guarino, presentando una petición para pedir su permiso y bendición.



El arzobispo me dio el permiso y las bendijo diciendo: ‘Creced, hijas afortunadas, creced en el Señor’. Y durante el rezo de vísperas de aquel día, las chicas, delante de mí y del padre Muscolino, vistieron el hábito, haciendo promesa de castidad, obediencia, pobreza y de rezar al Señor para que mandara los buenos sacerdotes a la Iglesia. Nacieron así las ‘Pobrecillas del Sagrado Corazón de Jesús’, así las llamé.

“¿Por qué luego mudó su nombre?”, quiso saber el joven.

“Es muy importante dar el nombre a las Obras como también a las personas! Durante mucho tiempo consideré siempre provisional sea el que tenía la Congregación masculina sea el de la femenina. Antes de imponer los definitivos, recé muchos años, hice rezar, me aconsejé con santos y personajes ilustres. Esto porque quería que los nombres correspondieran a la misión de observar y hacer conocer aquella invitación de Jesús de rezar para tener buenos sacerdotes. No sé si esto fue celo u obsesión, o ambas cosas, de todas maneras, finalmente me pareció de haberlos hallado. ¡Acuérdatelo siempre, y recuérdalo a todos! El 14 de septiembre de 1901 comuniqué al arzobispo, Mons. Letterio D’Arrigo, los nombres definitivos de las dos Congregaciones: ‘Rogacionistas del Corazón de Jesús’ e ‘Hijas del Divino Celo del Corazón de Jesús’”.

## VII

### La dirección

Un día le tocó al hermano Rafael, bastante callado y reservado, hacerle compañía y asistirlo. Después de rezar juntos, el joven de vez en cuando le pedía: “Padre, ¿estáis bien?”, luego “¿Cómo os encontráis?”, y nuevamente “Pero, ¿estáis mejor de verdad?”, hasta que el padre Aníbal empezó a sospechar de aquel continuo interés. “¿Por qué, hijo mío, me pides

continuamente qué tal me encuentro?”, pidió en la esperanza de conocer la motivación de aquella insistencia.

“Nada padre”, se ruborizó el hermano, “es porque quiero estar seguro que usted está mejor”.

El padre lo miró fijo en los ojos: “¿Sólo es para esto? O bien...”.

“No, no, es sólo para esto”, y, ruborizándose aún más, “Aunque, en verdad...”.

“Ya me enteré. ¿Acaso es una conspiración la vuestra? Quieres pedirme algo, ¿verdad?”.

El hermano Rafael, rojo como un tomate, pero más animado, asintió rápidamente con la cabeza.

“Está bien, me siento mejor. ¿Qué quieres saber?”.

“Padre, ya sé... no quiero que se canse... pero, mire, me gustaría... en resumen, su pudiese oír justamente por usted... porque me lo dijeron... pero”, el pobrecito por la emoción no conseguía formular la petición, y el padre Aníbal para no hacerla crecer más aún, esperaba pacientemente.

“Sí, total, ¿cómo fue a parar al barrio Aviñón? Me dijeron que era un barrio feo”.

“Hijo mío, Jesucristo anda por este mundo”.

El hermano Rafael agrandó sus ojos: “¿Hoy? ¿Ahora? ¿Y cómo se puede reconocer?”.

“Es muy sencillo, dijo que donde hay dos o tres que rezan, él está entre ellos; luego, recuérdate cuando afirmó: ‘tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber... ¡cada vez que hicisteis estas cosas a uno solo de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis!’. ¿Lo entendiste? Él se nos puede presentar delante por doquier, en cualquier momento, y nosotros corremos el riesgo de no reconocerlo”.

“Lo entendí, padre, ahora lo entendí. Y usted, ¿cuándo lo reconoció por primera vez?”.

“Cuando me dio una dirección”.

“Padre, ahora me da curiosidad. Cuéntemelo todo”.

“Estábamos en finales de 1877; yo era diácono, pasando por un callejón estrecho y escondido de la ciudad encontré un pobre

harapiento, ciego, o por lo menos así aparentaba, sentado en el suelo. Con voz lamentosa pedía limosna a los transeúntes tendiendo la mano. Me vino casi el instinto de poner la mano en el bolsillo para darle una moneda, como ya había hecho otras veces. Pero, aquella vez, no pasé más allá, siguiendo mi camino. Hubo algo que me obligó a pararme”.

“¡Había reconocido a Jesucristo!”, saltó en la silla el hermano Rafael.

“Hoy te digo que sí, en aquel momento diría que sólo era curioso para saber algo más sobre aquel joven. Después de ponerle en la mano una moneda le pregunté: ‘¿adónde moras?’”. “Justamente como Andrés y Juan hicieron con Jesús”, exclamó excitado el joven.

El padre Aníbal, solicitado por la gran humildad, quiso precisar: “Sí, parece igual, pero mi pregunta había brotado así, casualmente. El pobrecito me contestó: ‘En las casas Aviñón’. Así le pedí: ‘Dime un poco, ¿acaso sabes las cosas de Dios?’”. Y aquel, frunciendo el ceño: ‘¿Y quién quieres que me las enseñe?’. Me salió espontáneo asegurarle: ‘Vendré a verte’. Por eso, hacia los primeros días de marzo, fui por primera vez a las casas Aviñón para buscar aquel joven, que se llamaba Francisco Zancone. Me hallé en un ambiente que ni habría soñado que pudiera existir no sólo en Mesina, sino también en otros lugares. ¡Enseñar las cosas de Dios! Hacía falta antes empezar por los piojos... si se quería ayudar aquella gente había primero que arremangarse y trabajar. En aquel punto entendí que había encontrado a Jesucristo bajo las apariencias de Zancone, que me había dado su dirección...

“El éxito de aquel primer intento fue prometedor, y me ilusioné que el camino fuera plano y preparado, pero, algún día después, me di cuenta de que en cambio estaba todo en subida, pero en subida de verdad. Entrando en aquel barrio por la única entrada que se llamaba ‘calle del Valor’, se me pararon delante dos que no tenían una buena cara; con tono mafioso me amonestaron: ‘Padre, puede volver atrás. ¡No es cosa para usted! Para

convertir esta gente, hace falta hallar dos capuchinos con una barba tanto, ¿lo entiende? ¡No es cosa para usted!'. Esto era un aviso.

“Y usted padre, ¿qué? ¿Reaccionó?”, pidió el joven.

“¿Y cómo podía? Si sólo hacía un paso más me habrían empujado contra la pared y hubiese sido suficiente muy poco para hacerles sacar un cuchillo. Bueno, el Padre Eterno me dio una mano y me volví atrás. Pero el día siguiente fui otra vez, y el día después también... y siempre tuve que volver atrás. Me había prometido: ‘¡Vamos a ver el que se cansa antes!’. Naturalmente, mientras tanto, rezaba a Jesucristo, a la Virgen de la Carta y a todos los Santos, pidiéndoles de iluminarme y de darme una señal: ¿o lo había entendido mal?”.

“¿Y hubo la señal?”, pidió impaciente el hermano Rafael.

“Tengo que reconocer que el desánimo estaba empezando a aflorar en mi alma, y un día había vuelto pensando que sería la última vez, pero justamente aquella mañana aquellos dos personajes no estaban y desde entonces ya no los vi. En aquel momento fui seguro que el Señor me había indicado el campo de mi misión”.

“Y aquel joven, ¿cómo se llamaba? ...”, el hermano Rafael hacía chasquear los dedos, porque la emoción no le dejaba recordar el nombre.

“Francisco Zancone”.

“Sí, Zancone, ¿dónde fue a parar?”.

“Francisco se convirtió en el primogénito de aquella gran familia de pobres que empecé a cuidar. No era ciego, pero, como casi todos los moradores de las casas Aviñón, tenía una infección en los ojos. Con gran sacrificio conseguí hacer llegar un doctor para empezar una desinfección, pero empezando por Francisco me hicieron en el comienzo mucha resistencia, porque, paradójicamente, no querían curarse”.

“No querían curarse? Así, sin pagar”, exclamó asombrado el joven.

“Sí, porque con aquella enfermedad ellos comían. La gente, creyéndoles pobres ciegos, les daba la limosna mucho más

fácilmente. De todas maneras, con mucha paciencia, conseguí asegurarles comida y la estancia diaria, y así se convencieron aceptar la cura a los ojos y a la piel. Zancone se convirtió en el jefe de mesa, en frente a mí, siempre, cuando organizaba almuerzos de beneficencia hasta los tiempos del terremoto, cuando murió míseramente intentando ponerse a salvo”.

El hermano Rafael esperó un poco antes de entender que el relato había acabado. Se despertó cuando el padre Aníbal le pidió: “¿Estás satisfecho?”.

## VIII

### **La última hija y las hermanas**

En el Concilio Vaticano I los Padres habían expresado el voto que las leyes eclesiásticas hasta entonces se recogiesen en un Código oficial. La hazaña, de no fácil realización, permaneció una aspiración hasta que el papa Pío X creó una Comisión de Derecho Canónico.

Después de doce años, el papa Benedicto XV con la Constitución Apostólica “Provvidentissima Mater Ecclesia” promulgó el nuevo Código y estableció su entrada en vigor el 12 de mayo de 1918.

El Código ofrecía disposiciones precisas sobre la fundación y la aprobación de nuevos Institutos religiosos, definiendo las competencias de los obispos en el ámbito de sus diócesis y las prácticas para seguir.

En este punto era necesario que el padre Aníbal dibujara la fisionomía jurídica de sus Institutos, empezando con la redacción de las Constituciones que las normarían.

Intentó, pero de su pluma salían disposiciones espirituales, aspectos ascéticos, consejos. Se dice que ¡no puede usar el medidor, quien no tiene conocimiento de la longitud! Así que, muy humildemente, pidió a su colaborador, el padre Francisco, de esbozarlas, siguiendo las nuevas normas.

Después de haberlas evaluadas y hechas propias, en junio de 1919, las presentó al arzobispo, Mons. Letterio D'Arrigo, pidiendo de examinarlas y, si correspondieran, de concederle el Decreto de reconocimiento diocesano de las Congregaciones. Mons. D'Arrigo había sido profesor de moral y derecho eclesiástico, así que se declaró muy feliz de analizarlas personalmente. Después de casi tres años, sin embargo, el Prelado falleció repentinamente y el texto de las Constituciones aún permanecía en su escritorio.

El padre Aníbal tuvo, pues, que esperar cerca de un año antes de poderlas someter al nuevo arzobispo, Mons. Ángel Paino, que acogió benignamente la petición, pero se reservó de hacerlas examinar por canonistas competentes en Roma.

Mientras tanto, pasó otro tiempo y las dos Congregaciones crecían. La Obra iba enriqueciéndose con otras Casas. Cada vez era como si tuviera una hija más que se añadía a las demás hermanas.

El hecho que el Padre Aníbal gozara de la máxima admiración por sus hijos e hijas espirituales se fundamentaba también en su capacidad de involucrar a todos en las iniciativas. El nacimiento de una nueva Casa, en efecto, era fruto de una total participación de las existentes sea bajo el punto de vista decisonal que económico, porque, según su posibilidad, cada una ponía una cantidad para la adquisición del inmueble, o bien del terreno y de la fábrica.

Hacía tiempo que iba deseando un sueño: la adquisición de una Casa en Roma. La ocasión se presentó casi de repente:

Hijos e Hijas en Jesucristo, - escribió el padre Aníbal en la circular del 14 de septiembre de 1924 -, vosotros ya conocéis que desde hace más años fue en los votos comunes el de poder abrir, Dios queriendo, dos Casas en Roma, una para la formación de los Religiosos Rogacionistas por ahora, y probablemente para luego tener un Orfanato masculino, y la otra de nuestras Hermanas con uno de sus Orfanatos Antonianos; y esto no por ambición humana – ¡Dios nos libre de esto! –, sino para poder

atestiguar en Roma el mandato del Señor: ‘Rogad el Señor de la mies para que mande trabajadores a su mies’.

En el pasado mes de agosto estuve en Roma, cuando el casual encuentro (digo casual, pero todo fue dispuesto por Dios) me llevó a examinar una oferta de un lugar amplio de una antigua industria de cinematografía.

En verdad, la fundación de Roma es algo que tiene que interesar vivamente todas nuestras Casas, es una plantita que se desarrolla en un árbol en el gran campo de la Iglesia, si será cultivada siempre con los abonos de la humildad, bajo el sol del Amor divino, y regada con la lluvia de la gracia que es fruto de oración.

Exhortamos las Casas para que empiecen especiales oraciones y novenas de aquellas que acostumbramos hacer, y también aplicaciones de divinas Misas, para que el buen Dios nos dé la feliz conclusión de este asunto.

Aquí ahora pasemos a un punto para decidir: ¿Ambas nuestras Comunidades religiosas masculina y femenina tienen que mudarse a dicho lugar? Yo aquí termino, y deseo una respuesta por cada Casa que me exprese sus impresiones.

La adquisición se hizo y, acogiendo el primer niño, huérfano de ambos padres, el 24 de mayo de 1925, el padre Aníbal inauguró la nueva Casa. Se convirtió así en orfanato, confiado a las hermanas. Después de un tiempo, en el terreno cercano, fue construida una iglesia y un gran Instituto, dedicado parte a orfanato y escuelas, y parte a la Casa General de las Hijas del Divino Celo del Corazón de Jesús.

## IX

### **Entre alegrías y dolores**

Hacía falta que el padre Aníbal pagara, como siempre, el precio por aquel sueño de tener una Casa en Roma. Después de la

adquisición, tuvo que proceder al arreglo de los lugares. Para no molestar los amigos Padres de Don Orione y, sobre todo, por espíritu de pobreza, se arregló un cuarto en aquellos ambientes fríos, hacía tiempo vacíos, y en noviembre de 1924 cayó enfermo.

Parecía un simple resfriado, pero la fiebre muy alta que se prolongaba durante muchos días, le obligó a llamar un doctor que le diagnosticó una pleuritis. Habiendo pasado los setenta, pues, algo así no se podía pasar de largo. El padre Pantaleón, su colaborador, escribió un telegrama a Oria al hermano Carmelo: “Arregla bien las cosas de la Casa, ven a Roma para asistir al Padre enfermo”.

El hermano Carmelo halló al padre Aníbal totalmente deshecho y sin fuerzas. La fiebre alta, persistente, el afán, la inapetencia absoluta acompañada por la falta de descanso, lo habían hecho parecido al hombre de los dolores. De todas maneras, aparecía siempre sereno y resignado.

A menudo decía, hablando de los sufrimientos: “¿Qué son estos sufrimientos míos en parangón con los sufrimientos y dolores de nuestro Señor, sufridos especialmente en su pasión?”. Y rezaba incansablemente, noche y día.

Pasó así un mes, hasta que el médico vio que podía hacer el viaje de regreso. Aconsejaba de trasladarlo a Mesina, donde el clima más suave le aprovecharía seguramente. Aquí, en realidad, se repuso, y en marzo de 1925 salió nuevamente para las Apulias; luego volvió a Roma para inaugurar el orfelinato. Por fin su sueño había sido realizado.

Sólo la determinación y la fuerza de voluntad lo sostenían en sus fatigas, pero pagaba muy caros los esfuerzos realizados, con periodos más o menos largos en que estaba obligado a quedarse en cama.

Sintiéndose un poco mejor, el padre Aníbal en aquel verano empezó un viaje hacia el continente, consciente que habría sido su última visita a las Casas de las Apulias. Cuando, en efecto, fue a verle el Mons. Di Tommaso, obispo de Oria, le pidió de bendecirlo diciendo: “Preveo que para mí esta será la última



bendición de Vuestra Excelencia, porque la hora de mi muerte está próxima. Aprovecho la ocasión de esta visita para agradecerle todo el bien paterno que siempre tuvo y sigue teniendo hacia nuestros Institutos. Le ruego, cuando le sea comunicada la noticia de mi muerte, de sufragar mi alma, porque lo necesito mucho”.

Durante el otoño volvió a Mesina, y aquella grave forma de pleuritis se hizo cada vez más preocupante. Llegó a un estado tal de debilidad que no tuvo ni fuerzas para celebrar en el altar doméstico en su cuarto de estudio. Estaba obligado en cama, y para asistirlo, como vimos antes, se alternaban hermanos y padres.

## X

### **Hombre de una sola pieza**

Un día los padres Francisco y Teodoro pasaron a verle para comentarle el desarrollo de la Obra. Le habían llevado el arquitecto con el proyecto de la gran Casa que tenía que surgir allí donde había estado el barrio Aviñón. Se trataba de poner en su punto unos detalles y recibir la autorización definitiva.

“Padre, he aquí el proyecto completo de la Casa”, dijo el profesional, presentándole el proyecto con satisfacción. Y estaba empezando a describirlo, cuando se dio cuenta que el Anciano había levantado la mano derecha.

“Diga, padre”, se interrumpió el arquitecto.

“¿Dónde está la puerta de los pobres?”, le pidió a secas.

El profesional no entendió, y con expresión perdida miró a los padres Francisco y Teodoro, casi invocando socorro.

Como no había tenido respuesta, el padre Aníbal insistió: “Hágame ver dónde previó la puerta para recibir los pobres y los lugares dedicados a ellos”.

En este punto el arquitecto intentó tartamudear algo para justificarse, pero fue interrumpido bruscamente: “El proyecto no me interesa”.

Cayó un silencio pesado. El arquitecto recogió los papeles y lo aseguró: “Bien, padre, le llevaré nuevamente el proyecto con lo que me está pidiendo”.

El Padre lo miró satisfecho y con la derecha le dio un golpecito en la mano, como queriendo decir: bien hecho.

## XI

### La vocación

El padre Teodoro, uno de los jóvenes sacerdotes, presumía de ser un historiador, y buscaba investigar siempre sobre algún aspecto que no se refería sólo a la Obra, sino también a la persona del Fundador. Un día pensó de haber hallado el momento más adecuado para pedirle cómo había nacido su vocación.

El Padre Aníbal lo miró largamente, como si fuera indeciso si responderle o no, cuando, de repente se oyó tocar la puerta. Era el padre Francisco venido, como de costumbre, a comentarle los asuntos y tomar decisiones. Después de unas horas, cuando el padre Francisco estaba a punto de levantarse para volver al orfanato del barrio Aviñón, se dio cuenta que el padre Teodoro, a escondidas, le hacía señas para que se parara.

“Antes que usted entrara, había pedido al Padre”, empezó, “de contarme cómo nació su vocación”.

Esta vez el Anciano había mirado antes el padre Francisco y luego aquel joven sacerdote como para decir: lo tengo que decir justamente, él ya lo conoce.

El Padre Francisco creyó de leer en aquella mirada algo de incomodidad y, muy escrupuloso, pensó que el padre Aníbal quisiera evitar de contar algo tan íntimo. Entonces intervino diciendo: “A mí me confió que su vocación no fue realmente ordinaria, en resumen, que intervino algo sobrenatural”.

“Con todo el respeto, yo quería oír al padre”, trató de insistir el padre Teodoro.

“No hace falta que se canse”, lo cortó el padre Francisco.

El joven hervía: ¿por qué no lo entendía? Y empezaba a enrojecer por la rabia.

El Padre Aníbal se había enterado de todas aquellas miradas y de lo que querían decir, pero disimulaba no darse cuenta; finalmente, su corazón se enterneció y los cortó: “El padre Teodoro tome una silla, así os cuento a los dos lo que me pasó. Una noche, mientras rezaba, noté fuertes impulsos en el alma de consagrarme totalmente al Señor, y de hacerlo en seguida. Hecho de día, corrí a la iglesia y, arrodillándome, dije: habla, Señor, que tu siervo te escucha. Oí interiormente tales voces y tuve tanta luz en mi mente, que me parecía que mi corazón iría ardiendo”.

Los dos parecían pender de sus labios, y entonces decidió empujar más allá su confianza.

“En todos estos años pensé en aquellos momentos y ahora, con la experiencia que tengo, puedo decir, para honra del Señor, que mi vocación tuvo tres calidades.

Fue, antes de todo, repentina. Por cuánto amara la vida devota, en aquellos tiempos de masonería y liberalismo imperantes, con todo esto no pensaba a la vida eclesiástica. De repente el Señor me envió su luz.

Fue irresistible. Sentía que no podía sustraerme a la acción de la gracia. Tenía que ceder absolutamente.

Fue segurísima. Después de aquella luz, fui totalmente cierto que Dios me llamaba. No podía dudar mínimamente que el Señor que quería por aquel camino”.

Siguió un largo rato de silencio, como si el padre Aníbal hubiese dictado los puntos de una meditación. El Padre Francisco parecía repetir en su mente aquella análisis tan aguda y penetrante, y movía la cabeza asintiendo en cada pasaje del discurso. “¿Cuándo aconteció todo esto?”, rompió el silencio el padre Teodoro.

El Anciano se fijó en él, como si buscara un apoyo para poder excavar mejor en sus recuerdos y reconstruir las coordenadas temporales. Finalmente sacudió la cabeza: “No recuerdo con detalle, pero tendría que ser entre septiembre y noviembre de 1869. Seguramente en finales de 1869”.

Luego, casi retomando la conversación: “Tengo que añadir un hecho importante: desde su comienzo fue una vocación no solamente sacerdotal, sino también religiosa”.

“Padre, permítame una pregunta”, intervino muy interesado el padre Teodoro, “Si las cosas están así, ¿por qué no entró en un Orden o en una Congregación religiosa?”.

En efecto mi pensamiento era el de hacerme jesuita y había decidido salir cuanto más antes. Pero, antes de esto, decidí consultarme con mi confesor. Aquel santo hombre, después de haberme escuchado con mucha paciencia, me dijo perentorio: ‘Esto no es el tiempo de hacerse religioso, pues todos los religiosos son perseguidos. Te harás cura diocesano’.

Teniendo en consideración los tiempos, en que el Estado había disuelto las Órdenes religiosas y había confiscado sus bienes, el confesor había expresado un consejo humanamente impecable. Espiritualmente, sin embargo, aquel consejo no era bueno. ¡Pero sabemos que el que obedece nunca se equivoca! Acordaos que, si el confesor tuviera que equivocarse tal vez, de todos modos, siempre acierta en la substancia, porque manifiesta la voluntad de Dios”.

“Padre, permítame en este punto otra pregunta, igual un poco impertinente”, pidió el padre Francisco, “¿Nunca se arrepintió de aquella elección?”.

“No”, contestó prontamente el Anciano, “no, sinceramente no, aunque igual habría evitado muchas espinas, pero esta era la voluntad de Dios. Le diré más bien que entonces me quería hacer jesuita, y quería alejarme de esta ciudad, pero si hubiese sido ahora, no habría sentido aquel deseo, porque la necesidad que Mesina tiene de sacerdotes, que salven las almas y se consumen por Jesucristo, es inmenso. Y yo siento, en mi limitación, que me sacrificé por las almas de mis conciudadanos”.

“Perdone si insisto”, retomó el padre Francisco, “entre los momentos duros – ¡y hubo muchos! – hubo alguno en especial que le provocó dolor?”.

El padre Aníbal lo miró intensamente y los ojos se le llenaron de lágrimas. Superado el momento de emoción, asintió con la cabeza. Luego, poco a poco, retomó: “Cuando en nuestras hazañas todo va cabizbajo, no queda otro consuelo que la resignación a la divina Voluntad, que todo lo hace bien, aunque no lo entendamos. Cuanto valga esta resignación en casos similares, lo puede entender bien el que se halló en ello. Para mí fue el terremoto de 1908. En aquellos días terribles en que tenía sólo noticias de muerte y destrucción total, amargaba todavía más el cáliz tenerme que resignar en ver desperdiciarse aquel poco de bien que había conseguido hacer hacia los pobres y los huerfanitos y huerfanitas, y renunciar a llevar adelante la oración al Señor para enviar los buenos sacerdotes. Estas cosas constituían mi pesar más grande”.

Pero el padre Teodoro, que había decidido hurgar en el problema de la vocación, volvió a su juventud, aclarando: “Considerando que usted tenía exigencias espirituales particulares, ¿el confesor lo enderezó de alguna manera?”.

“Tengo que decir que conseguía leer en mi alma, y así, a la lectura de libros ascéticos comunes, en un cierto punto me hizo añadir la de los místicos, especialmente de santa Teresa de Ávila y san Juan de la Cruz. Estas lecturas me impulsaron luego a entrar en contacto con las Capuchinas de santa Verónica Giuliani en Ciudad del Castillo, y de allí nació aquella edición del *Diario* de la Giuliani que conocéis”.

“Pero, ¿para realizar concretamente su vocación al sacerdocio?”, intervino en seguida el padre Teodoro para no hacerlo alejar del tema que más le interesaba.

El Padre Aníbal se fijó en él y los ojos se reavivaron: “Con el consentimiento del arzobispo”, contestó, “hice la vestición con mi hermano, pero, ¡se armó un alboroto! La mamá no nos quiso recibir más en casa... si no hubiese intervenido aquel santo hombre del confesor, que era su confesor también, estaríamos

aún bajo el frío y el hielo delante de nuestra casa”, y entre los golpes de tos, se hizo una buena risa.

“¡Bendito sea aquel confesor!”, concluyó el padre Francisco.

## XII

### ¡Enamoraos de Jesucristo!

Otro día le tocó asistirlo al hermano Omobono y, mientras estaba el padre Francisco, había tenido el valor de pedirle: “¿Cuándo os conocisteis?”.

El padre Aníbal había sacudido la cabeza: “No recuerdo. Lo siento, pues no me viene a la mente”.

El padre Francisco esbozó una sonrisa como para querer decir: “yo, sí lo recuerdo”.

Y el hermano Omobono, al que no le escapaba nada, aprovechó en seguida como un águila en la presa: “¿Y usted, padre Francisco? Me parece entender que lo recuerda”.

El padre Francisco, venciendo la usual timidez, empezó a contar: “Siendo seglar no me acerqué nunca a él, aunque sentía el deber de homenajearle cuando lo veía, porque oía hablar bien de él. He aquí, pero recuerdo perfectamente el día de nuestro primer encuentro. El 24 de diciembre de 1885, día en que vestí el hábito clerical. Lo hallé en la calle. Estaba junto con don Antonino Muscolino que, en la época, era mi confesor. Me acerqué sobre todo para hacerme ver por este, que me había guiado en los caminos espirituales, y así besé la mano también al joven canónigo Di Francia. ‘Oh, - me dijo con una sonrisa celestial el padre Muscolino – ¡el querido padre Vitale!’”. Adelantando una inevitable pregunta del hermano Omobono, añadió en seguida: “En la época se daba el título de padre alguna vez hasta a los clérigos”.

Luego, fijándose intensamente en el padre Aníbal que seguía con gran atención aquel hilo de los recuerdos, siguió deletreando bien las primeras palabras: “El canónigo Di Francia se sacudió oyéndome llamar padre – porque tenía aún 19 años – y me pidió: ‘¿Vuestra reverencia es sacerdote?’”.

‘No, - me adelantó en la respuesta el padre Muscolino – sólo hoy vistió el hábito’.

Entonces los dos me felicitaron. Así se rompió el hielo. Cuando luego me encontraba con él, no me hacía más vencer por la timidez, y le homenajeara con gusto. Un día me crucé con él cerca de la iglesia de la Anunciación, y él, sin dar muchas vueltas, me dijo: ‘¿Queréis venir conmigo a mi Instituto?’”.

Aquella invitación me pareció nueva, no me la esperaba, y contesté titubeando. Recuerdo que tartamudeé diciendo que mi padre no me lo permitiría, ni la salud me ayudaba para vigilar los niños y, además, tenía que acabar los estudios, etc.; en resumen, le falló el disparo”.

El Padre Aníbal sonrió y en seguida añadió: “¡Aquella vez! Pero sabemos que hay que ser pacientes”.

El Padre Francisco le acarició la mano como se hace con algo precioso, y luego siguió: “Durante mi clericalato, una fuerza incomprensible me empujaba a acercarme a menudo a él, a buscarle para estar cerca de él. Aunque tuviera como director espiritual el santo sacerdote Antonino Muscolino, me dirigía de vez en cuando a nuestro padre Aníbal para consejos; y lo tengo que admitir: ¡cuánta impresión me hacían sus palabras! Recuerdo una tarde, en que tenía algún tormento de conciencia, fui a verle a su casa, y él, después de haberme apaciguado, me dijo: “¡Enamoraos de Jesucristo!””.

Estas palabras me penetraron en el alma. Él hablaba el lenguaje del amor, porque estaba totalmente enamorado de Dios”.

El padre Francisco se paró y, con los ojos llenos de lágrimas, miró al Anciano.

## XIII

### El declino y el amor

El físico enflaquecido cada día aceleraba su declino. El padre Aníbal había llegado a un punto tal de agotamiento que permanecía largos ratos sin la fuerza de abrir los ojos.

Esto hacía una tal impresión al padre Pantaleón y al padre Francisco, responsables de la Obra, que, con el consentimiento de los médicos mesineses, buscaron un parecer de un ilustre doctor napolitano. Éste, después de una revisión muy cuidadosa no hizo nada más que confirmar el diagnóstico y la terapia de los médicos sicilianos. Según su consejo, en la primavera de 1927, quisieron probar la última carta: el cambio de aire.

Así, el 9 de mayo, el padre Aníbal dejó su apartamento en el Monasterio del “Espíritu Santo” de Mesina. Se mudó a una casa cerca de la ermita de la Virgen de la Guardia, puesta en una colina fuera de Mesina que domina el Estrecho.

El padre Aníbal se alejó feliz de la ciudad, repitiendo las palabras del justo Simeón: “Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz”, porque la Congregación de los Religiosos había comunicado algún día antes (3 de mayo) que sus Congregaciones religiosas – los Rogacionistas del Corazón de Jesús y las Hijas del Divino Celo del Corazón de Jesús – ya habían sido reconocidas.

El periodo que pasó en la “Guardia” fue caracterizado por el empeoramiento de la ya dolorosa enfermedad. Él edificó a todos con la paciencia aguantando en silencio los atroces dolores, y por la oración incesante. Sabía que su vida terrenal estaba ya en su ocaso, y se preparaba para el encuentro con el Señor.

El 29 de mayo, el arzobispo, Mons. Ángel Paino, que pedía continuamente informaciones sobre las condiciones de su salud, fue a verlo. El Padre Aníbal quiso acogerlo sentado en una butaca; habría querido postrarse, pero no lo logró, e inclinándose al máximo de sus posibilidades, le besó el sagrado anillo. El Prelado, conmovido, lo animó a confiar en las oraciones que



por él se hacían por muchas buenas almas y por muchos huerfanitos y huerfanitas, pero en su corazón quedó muy entristecido, porque se dio cuenta que el estado era muy grave.

El Anciano sacó un gran consuelo de aquella visita, no sabiendo que el día siguiente habría sido confortado por otra visita: la de la Virgen, bajo las apariencias de Niña, a la que era muy devoto. Hacia las 7,30 o las 8 de la mañana, el hermano Miguelito, que lo asistía, de repente lo vio transfigurarse en el rostro. Sonreía, mientras en baja voz empezó a decir: “¡Qué guapa está la Niña!”, y con las manos extendidas parecía que la quisiera abrazar. Luego se apaciguó: su paz brilló a través de una sonrisa de uno que estaba contemplando el paraíso.

Por la tarde pareció más agotado. Se acostó, sin embargo, serenamente. Bendijo, como de costumbre, aquellos que lo rodeaban, y permaneció con el hermano Miguelito, que lo vigilaba. Pasó la noche sin dormir: en su rostro se leía el sufrimiento.

Pasada la media noche, el hermano sintió la cama sacudirse por un temblor leve; se le acercó y le pidió si hubiese necesitado algo; no teniendo respuesta, llamó al hermano María Antonio y el padre Vicente Gandolfo de Aragona, un gran admirador suyo, que había pedido de dormir en la “Guardia”.

El padre Vicente se dio cuenta que había entrado en agonía; dijo de avisar en seguida el padre Francisco, mientras empezaba a rezar las oraciones de los agonizantes. Llegado el médico, anunció que estaba cerca su fin.

El padre Aníbal exhaló el último aliento entre las invocaciones que le sugería el padre Francisco y las oraciones de sus hijos. Eran las 6,30 de la mañana de miércoles 1 de junio de 1927.

La noticia pareció tener alas: llegaron los campesinos de los campos de los alrededores con flores y lirios; llegaron de la ciudad amigos, conocidos, admiradores: todos querían ver “el santo durmiendo”.

Las Autoridades eclesiásticas y civiles difundieron la noticia con carteles; se constituyeron comités, la prensa se activó, se proclamó el luto de la ciudad.

A pesar que sus restos fueran llevados en forma particular al Templo de la Rogación Evangélica – el Santuario de San Antonio en Mesina – a las 21,30 horas, una gran multitud fue aguantada con dificultad por un cordón de carabineros. Media hora después el arzobispo pidió de poderlo ver: lloró, le besó los pies, las manos y la frente, y permaneció largamente doblado rezando cerca del ataúd.

Por la fiesta de la Virgen de la Carta, Patrona de Mesina, fueron obligados a aplazar los entierros al 4 de junio, dejando durante otros tres días que un número increíble de personas le homenajeara, tocando sus restos mortales.

La noche de la vigilia, antes de cerrar el ataúd, se cerró la iglesia para dar la posibilidad a sus hijos e hijas espirituales de estrecharse una última vez a su alrededor. Después de haber rezado juntos las oraciones, uno tras otro, se le acercaron para expresarle sus sentimientos.

Agitando el bastón blanco que batía para orientarse, se le acercó por último el hermano Mariano. Llegado delante del ataúd, pidió a un cohermano de acercarlo a los pies del padre Aníbal. Se los acarició con ternura y le puso al lado una carta escrita en Braille... lamentablemente sólo el Señor y el padre Aníbal conocen lo que estaba escrito, porque, cuando se hizo la exhumación, la carta se había vuelto cenizas.

El 4 de junio hubo el cortejo: la multitud era inmensa. A pesar de que el Ayuntamiento dispusiera un coche fúnebre de gran lujo tirado por cuatro caballos, el ataúd fue llevado a espaldas por estudiantes universitarios y jóvenes.

Intervinieron el alcalde, la Comisión Real, el presidente de la Junta Diocesana y el padre Pantaleón representando la Obra.

“He aquí, oh santo – acabó su elogio fúnebre el arzobispo, Mons. Paino – “el último saludo, la última bendición, y esta manifestación de pueblo, así como igual nunca se vio en Mesina, especialmente de esta multitud tan emocionada, venida aquí para enviar a ti el saludo extremo y para agradecer a Dios que quiso recompensarte así también aquí en la tierra. Nosotros

que de ti no sabemos privarnos, a ti encomendamos nosotros y nuestra ciudad, que de la continuación de tu Obra halla la máxima razón de sus grandes aspiraciones. Luego quedará nuestra comunión de vida: Tú de allá reza, nosotros de acá gritaremos fuerte, fuerte: gloria, gloria, gloria; y Tú nos contestarás: ¡caridad, caridad, caridad!”.

Después del solemne cortejo, el ataúd volvió al Templo de la Rogación Evangélica, que la gente llamaba sencillamente Santuario de San Antonio porque, por interés de las Autoridades eclesiásticas y civiles, desde el 3 de junio el Gobierno había aprobado la petición que el padre Aníbal fuera sepultado en su iglesia, en el lugar en que surgía una vez el barrio Aviñón.

## XIV

### Los dos amigos

El 2 de agosto de 1934 don Luis Orione escribió un telegrama muy fuerte al padre Francisco, en que se decía: “Es urgente que escribáis la vida y apresuréis el comienzo de la Causa de Beatificación del canónigo Di Francia. Querido canónigo, vais demasiado lento. ¿Por qué queréis ir al purgatorio? Ánimo, tenemos que ir en seguida con el Padre al paraíso”.

Este ardiente deseo se realizó de modo imprevisto e igual, más completo, ¡setenta años después! En efecto, no hubo la beatificación del padre Aníbal, sino la canonización de ambos.

El 16 de mayo de 2004 en una única, solemne ceremonia en la plaza de San Pedro, el beato Aníbal fue proclamado santo, junto con su gran amigo: el beato Luis Orione.



## ALGUNAS FECHAS IMPORTANTES

*5 de julio de 1851* – Nace en Mesina María Aníbal.

*23 de octubre de 1852* – El padre, Cab. Francisco Di Francia, afectado por una grave enfermedad, muere con 32 años de edad.

*1868* – En la iglesia de S. Juan de Malta en Mesina, rezando delante del SS. Sacramento expuesto en forma de Cuarenta Horas, Aníbal intuye la necesidad de rezar por las vocaciones.

*Noviembre de 1869* – Siente la llamada al sacerdocio.

*Diciembre de 1877 - enero de 1878* – encuentra en un callejón de Mesina el mendigo Francisco Zancone y descubre la existencia de las «casas Aviñón», un barrio pobre y degradado de la periferia.

*16 de marzo de 1878* – En Mesina, en la iglesia del monasterio del “Espíritu Santo”, es ordenado sacerdote por el arzobispo Mons. José Guarino.

*Marzo-abril de 1878* – Empieza su apostolado de regeneración humana, social y cristiana de más de 200 pobres de las «casas Aviñón».

*Septiembre – octubre de 1881* – Tras adquirir unas casas del barrio Aviñón, empieza los primeros talleres. Para las adultas introduce la actividad artesanal de la cuerda para sillas; para las jóvenes, en cambio, la escuela de telares para tejer bajo la guía de una maestra laica.

*8 de septiembre de 1882* – Inaugura oficialmente el primer Orfelinato femenino en el barrio Aviñón.

*4 de noviembre de 1883* – Empieza el primer Orfelinato masculino acogiendo cuatro niños.

*Noviembre de 1884* – Estrena en el barrio Aviñón la primera máquina tipográfica, don del Cab. José Crupi, tipógrafo-editor mesinés. La nueva industria no solamente sirve para introducir los huérfanos al trabajo, sino que contribuye, en parte, a solucionar el problema económico, especialmente con la impresión de las etiquetas de las cajas de los agrumes.

*Octubre de 1887* – La señora Susana Consiglio viuda Miceli envía al padre Aníbal el primer donativo de 60 liras, para

cumplir una promesa hecha con ocasión del cólera. Así nació la providencial institución del «Pan de San Antonio» para los huérfanos de las «casas Aviñón».

*Mayo de 1897* – En el Instituto “Espíritu Santo” inaugura el molino-panadería. Esta nueva industria garantiza el trabajo para las huerfanitas. El «pan de puro trigo» que se produce allí se vuelve en seguida popular en Mesina; es llamado «Pan Padre Francia».

*14 de septiembre de 1901* – El Arzobispo de Mesina, Mons. Letterio D’Arrigo, autoriza los nombres definitivos de las dos Congregaciones religiosas del padre Aníbal: los «Rogacionistas del Corazón de Jesús» y las «Hijas del Divino Celo del Corazón de Jesús».

*15 de agosto de 1907* - Publica el número único titulado: «S. Antonio de Padua y los Orfelinatos Antonianos de la Rogación del Corazón de Jesús y de las Hijas del Divino Celo. Dios y el Prójimo». Anuncia que la revista tendrá el título «Dios y el Prójimo».

*28 de diciembre de 1908* – Al amanecer, hacia las 5,20 horas, un violentísimo seísmo destruye la ciudad de Mesina, procurando gravísimos daños en toda el área del Estrecho. Se registran cerca de 80.000 muertos. Nacen las primeras casas en el continente.

*14 de junio de 1924* – En Mesina, el arzobispo Mons. Ángel Paino confiere el Orden del Presbiterado a los diáconos rogacionistas Teodoro Tusino y Serafín Domingo Santoro. El padre Aníbal ve así los primeros dos sacerdotes que se formaron en su escuela apostólica.

*4 de abril de 1926* – Pascua de Resurrección. Con la bendición solemne se inaugura el Templo del Rogate (Santuario de San Antonio). Es la primera iglesia en mampostería construida en Mesina tras el terremoto de 1908. Y es también la primera iglesia, en el mundo, dedicada a la oración por las vocaciones.

*6 de agosto de 1926* - Mons. Ángel Paino, arzobispo de Mesina, con dos decretos distintos, autoriza las Constituciones de los Rogacionistas y de las Hijas del Divino Celo. El padre Aníbal

obtiene, así, el reconocimiento canónico diocesano de sus Congregaciones religiosas.

*1 de junio de 1927* – A las 6,30 horas muere serenamente.

*21 de abril de 1945* – El Arzobispo de Mesina, Mons. Ángel Paino, abre el “Proceso Informativo Diocesano sobre la fama de santidad, la vida, las virtudes en general y los milagros del Siervo de Dios Aníbal María Di Francia.”.

*7 de octubre de 1990* – Juan Pablo II lo proclama Beato.

*16 de mayo de 2004* – Solemne ceremonia de canonización en la plaza de San Pedro: es proclamado Santo.

## En las huellas de San Aníbal

### El buen pastor

Nace en S. Vito dei Normanni (Bríndisi). Con 13 años, poco después de la ida al cielo de San Aníbal (1 de junio de 1927), entra en el seminario Rogacionista de Trani (Bari). El 24 de septiembre de 1940 emite la profesión perpetua consagrándose definitivamente al Señor en la Congregación fundada por San Aníbal. Tres años después, el 9 de mayo de 1943, es ordenado sacerdote por el arzobispo de Mesina, Mons. Ángel Paino, en la basílica de San Sebastián de Barcelona Pozzo di Gotto (Mesina). Pasa casi toda la vida ejerciendo el ministerio de la reconciliación en el santuario de San Antonio en Mesina, donde descansan los restos mortales del Fundador del que está enamorado. Si San Aníbal pudo reconocerse en Mesina en un hijo suyo, el padre Marrazzo fue sin duda alguna uno de estos. Su ideal se resume en amar y hacerse santo, viviendo como un verdadero Rogacionista, como quería el padre Aníbal, convirtiéndose en otro padre Leopoldo en el confesionario porque Mesina se convirtiera en una segunda Padua y el Santuario de San Antonio, donde administró la misericordia de Dios durante más de 40 años, se convirtiese en un jardín perfumado de virtudes y santos. Devotísimo a la Virgen, invocada como madre de los sacerdotes, tuvo una atención particular para con los enfermos. Vivió y difundió el carisma del Rogate en la perspectiva de la maternidad sacerdotal, convencido que la ofrenda de la vida y de los sufrimientos, unidos a los de Jesús y de su Madre, engendran santos sacerdotes. Para el padre Marrazzo cada mujer cristiana es madre, hermana e hija del sacerdote y este es padre, hermano e hijo. Logrado



Siervo de Dios  
**P. José Marrazzo**  
05.05.1917 –  
20.11.1992  
Rogacionista



por el incansable ejercicio del ministerio de la confesión se apaga repentinamente en Mesina el 30 de noviembre de 1992, vigilia del Adviento y comienzo de la novena en honor de la Virgen Inmaculada. Tras la noticia de su fallecimiento, personas de toda clase social y edad fueron a homenajearle. «¡Murió un santo!», se oía decir, confirmando así la fama de santidad que ya gozaba en vida. No pocos de los que fueron a ver sus restos mortales prefirieron agradecer a Dios con un *Gloria* más que rezar el *Requiem*. Su memoria sigue viva entre el pueblo y es creciente su fama de santidad. Está ya en marcha el proceso para su beatificación.

### **Oración para la Beatificación del Padre José Marrazzo**

Oh Dios, Padre Misericordioso, me dirijo a ti lleno de confianza: glorifica a tu Siervo Padre José Marrazzo y, por su intercesión, concédeme la gracia que tanto necesito (se dice la petición). Mira con amor a todos los que se dirigen a ti con fe y esperanza. Amén. Gloria al Padre...

Para comunicar una gracia alcanzada, escribir a:

*Postulatore Generale dei Rogazionisti*  
*Via Tuscolana 167, 00182 Roma – Italia*  
*Tel. +39 067020751*  
*Email: [postulazione@rcj.org](mailto:postulazione@rcj.org)*

## El formador

Nace en Tripi (Mesina). En 1931 entra en el seminario Rogacionista de Mesina y el 15 de julio de 1945 es ordenado sacerdote. Su existencia se divide entre Italia y Filipinas, pero siempre en el ámbito de la formación. Empieza como profesor y formador de seminaristas, luego como Maestro de los novicios y de los estudiantes de teología. Goza una gran estimación por parte de los cohermanos que lo creen un hombre de Dios, por esto en el Capítulo General de 1974 lo eligen Vicario General de la Congregación y responsable de la formación. En 1980 es asignado a la misión filipina, donde, de 1981 a 1991, es Maestro de los novicios. Compatiblemente con esta tarea, ejerce también el ministerio de la reconciliación y de la dirección espiritual; es muy buscado se por religiosos/as sea por sacerdotes también de otras congregaciones religiosas.

Concluido el mandato de Maestro de los novicios se dedica exclusivamente a la dirección espiritual. Saca luz y fuerzas por la adoración eucarística diaria y por la lectura espiritual.

Su salud, siempre precaria, empeora en el último decenio. En abril de 2009 le es diagnosticado un cáncer. Durante la enfermedad, y en los periodos de ingresos hospitalarios, queda siempre a disposición de los que lo buscan, incluidos los pacientes, los médicos (incluso no creyentes) y los enfermeros que lo creen un santo. Escucha siempre a todos y para cada uno tiene una sonrisa, una palabra de esperanza acompañada por una bendición.

Aguanta serenamente la enfermedad, ofreciéndose a sí mismo como holocausto por las vocaciones, especialmente en la querida Asia. Su alegría contagiosa se enraíza en la obediencia a la voluntad del "Padre/Abba".



**P. José Aveni**

05.12.1918

24.07.2010

Rogacionista

Muere serenamente en Manila el 24 de julio de 2010. La fama de santidad está viva y creciente, especialmente entre los que lo conocieron. Su cuerpo descansa en Manila.

## El buen samaritano

Nace en Ceglie Messapica (Bríndisi). Siendo aún joven siente la vocación y entra en el Seminario diocesano de Oria donde es ordenado sacerdote el 30 de julio de 1899. Después de unos años de enseñanza en el seminario diocesano, se desplaza a Mesina para graduarse en Letras y Filosofía. Encuentra hospitalidad en el barrio Aviñón, cerca de San Aníbal, que se convierte en su director espiritual y confesor. Fascinado por el celo del padre Aníbal, pide de ser Rogacionista y deja los estudios para ha-

cerse mendigo y recoger donativos por los huérfanos Antonianos. San Aníbal y padre Palma son dos almas en una y juntos echan los cimientos espirituales y materiales de la “Obra Pia-dosa”. En ocasión del terremoto de 1908 se activa a tal punto que San Aníbal declara: «El padre Palma merecería numerosas medallas de oro al valor civil por el valor que demostró, y un Paraíso sería poco por la caridad heroica demostrada». Después del terremoto la Obra halla nueva vida en las Apulias. El padre Pantaleón abre la escuela de artes y trabajos para asegurar a los huérfanos un trabajo y la inserción en la sociedad. A Él se deben las “Secretarías Antonianas” para la difusión del “Pan de San Antonio” y la fundación de una decena de institutos para acoger y formar chicos huérfanos y pobres. Por voluntad del Fundador, muerto en 1927, es el heredero universal y ejecutor testamentario. Y aquí empieza su calvario. Tras calumnias infundadas, luego retiradas, el 23 de octubre de 1932 es convocado a Roma por el Santo Oficio, y juzgado sin ninguna posibilidad de defensa. Es dimitido de la Congregación por la que había gastado la vida, secularizado, suspendido de la celebración de los sacramentos y confinado en la Escalera Santa. Repetidamente, pero inútilmente, pide la revisión del proceso



**P. Pantaleón Palma**

15.04.1875

02.09.1932

Rogacionista

declarándose siempre inocente. El 6 de agosto de 1935 se le concede el permiso de celebrar la santa Misa. El 2 de septiembre siguiente fallece repentinamente en fama de santidad. Fue fiel al sacerdocio, al Fundador y a la Iglesia hasta la muerte. El venerable padre Beschin ofm, que fue su director espiritual durante la segregación, escribe de él: «El que vivió toda la vida para la asistencia de los demás no halló asistencia para sí; el que procuró comodidades y cuidados para miles de huérfanos no halló comodidades y cuidados para sí; el que prefirió la caridad, la verdad y la justicia, no halló caridad, virtudes y justicia para sí ni en vida, ni en muerte».

## Índice

Presentación .....	5
I - ¿Hombre o mito? .....	7
II - El marqués y el hombre de pueblo .....	8
III - Una inspiración abrumadora .....	13
IV - ¿Celo u obstinación? .....	15
V - Una buena idea.....	20
VI - Recuerdos y realidades .....	22
VII - La dirección .....	25
VIII - La última hija y las hermanas.....	29
IX - Entre alegrías y dolores.....	31
X - Hombre de una sola pieza .....	33
XI - La vocación.....	34
XII - ¡Enamoraos de Jesucristo! .....	38
XIII - El declino y el amor .....	40
XIV - Los dos amigos .....	43
ALGUNAS FECHAS IMPORTANTES .....	45
En las huellas de San Aníbal .....	48
Índice.....	54



*En estas páginas el autor – admirador y conocedor de San Aníbal – nos hace entrar en la historia de nuestro Santo con un lenguaje sencillo e inmediato. Se trata del diálogo entre un “Anciano” (Aníbal) y algunos entre los Rogacionistas y las Hijas del Divino Celo a los que confía sus recuerdos. Se entrelazan admirablemente la sabiduría evangélica del Santo mesinés con la curiosidad y la pasión de los compañeros de la primera hora: el padre Santoro y el padre Vitale, el hermano Omobono y fray Miguelito, madre Nazarena y la D’Amore, fray Carmelo y los padres Muscolino y Palma. La actitud de los interlocutores, hacia el “Anciano” que relata, es respetuoso, pero libre. El autor presenta la historia en modo fiel y sintético.*

*Tras diez años de la Canonización somos invitados a pararnos «con los ojos llenos de lágrimas, mirando el “Anciano”» para reavivar la conciencia de que el centro siempre es Jesucristo: «si entre nosotros tenemos a Jesús, esto basta. Todo lo demás irá bien. Ser locos por amor de Dios». Haciendo memoria agradecida y grata de San Aníbal y de su santidad, somos invitados a responder a la eterna pregunta: «¿Queréis quedaros aquí?».*